

PÍRIZ, Carlos (2022): *En zona roja. La Quinta Columna en la guerra civil española (1936-1941)*. Granada: Editorial Comares. 357 pp. ISBN: 9788413690049.

A pesar del considerable trayecto propiciado por el balance de las últimas décadas, los estudios de la guerra civil española se convierten en una de esas espadas de Damocles que, por su inevitable contextualización política e ideológica, precisan investigaciones de calado, en aras de cimentar, un relato objetivo y equilibrado, en pos de una sociedad que reclama, desde la madurez, un futuro de progreso libre de rencillas. Diversas han sido las líneas de trabajo que han favorecido, desde la implantación de la democracia, la construcción de un periodo cada vez más aquilatado de nuevas hipótesis y apoyaturas de fuentes y documentos que están dando como resultado una visión más contrastada de un periodo reciente y trágico de nuestro pasado. Un periodo maltratado durante mucho tiempo por una historia oficial y, luego, pretendidamente ignorado por la llamada corriente «revisionista».

Bajo el título de *En zona roja*, se nos presenta una monografía que mira el tema, la Quinta Columna, que no por ser menos conocido, resulta capital para entender la auténtica dimensión de nuestra conflagración fratricida: el sabotaje que, desde dentro de las ciudades, intentaron favorecer los intereses del enemigo, es decir, el ejército franquista. Partiendo de una base general de lo que fue el quintocolumnismo en cuanto a la resistencia al bando rojo –militar, urbana y social–, Píriz describe concienzudamente las células que

surgieron tras el fracaso del golpe del 18 de julio. Desde estructuras auténticamente conspirativas pasando por simpatizantes de base, se entretejieron distintos niveles que pasaron desde sa-gas familiares, redes de vecindario o paisanaje, o incluso núcleos profesionales y religiosos.

Encontramos algunos precedentes del tema como línea de investigación en Louis de Jong (1950) para los Países Bajos bajo la ocupación nazi, la visión desde México del general Rojo (1969) y, en España y bajo la coordinación de Manuel Fraga y desde los *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España*, el relato oficial desde el prisma de tres reconocidos catedráticos afines al régimen: Vicente Palacio Atard, Ricardo de la Cierva y Ramón Salas Larrazábal. Ya en la génesis de la democracia anotamos a Tania Juanes (1978), Doménech Pastor (1978) y, en posteriores décadas, a Sara Núñez de Prado o Javier Cervera. Las perspectivas más recientes nos llevan a la apertura de miradas más concretas, como los estudios efectuados para Valencia, Almería o Cartagena y a la consulta de archivos y centros documentales de índole policial y militar que posibilitaron abrir las perspectivas de su planteamiento. En este sentido, se nos ocurre citar los Archivos Generales Militares de Ávila y Segovia, el General de la Administración de Alcalá de Henares, el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca o el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

Desde el contexto de la Gran Guerra y la Revolución rusa, se fueron generando las primeras estructuras de inteligencia y espionaje que, en España, tomaron hechura de inteligencia

antirrevolucionaria con los referentes del coronel José Ungría o el propio general Mola. En efecto, la proclamación de la Segunda República fue interpretada como el triunfo del socialismo internacional. Por eso, los primeros años fueron prolivos en conspiraciones contra el régimen republicano, que se fueron desarrollando de manera soslayada y casi sin rostro, con la participación de Falange, políticos monárquicos y filofascistas. Exponentes urbanos como Madrid, Barcelona, Valencia, Almería o Cartagena, donde los perdedores del golpe frustrado, tuvieron la capacidad de organizar células clandestinas, y que construyeron un relato complejo que intentó crear una vía factible en el corazón de aquellas ciudades que siguieron en la legalidad republicana. Guerra psicológica y peligro manifiesto donde, en un Madrid en el que los organismos internacionales y embajadas aceptaron a los refugiados, y allí crearon redes de inteligencia de retaguardia en conexión con el ejército rebelde. Un entramado de enlaces militares y diplomáticos que favorecieron el flujo de información sobre los movimientos del enemigo, mientras sacaban a los refugiados del país. Unas redes informativas secretas que ya se habilitaron antes del 18 de julio, y prepararon a ex-políticos y elementos conservadores y antirrepublicanos que, como en el caso de Barcelona, sufrió la ausencia de una estructura interna de Falange.

A medida que la suerte de la guerra fue beneficiando al ejército golpista, se sofisticó más la estructura de inteligencia, vigilancia y contraespionaje. Por eso, Ungría tomó como preferente la cristalización y el funcionamiento de

la Quinta Columna en relación con el propio Franco, para mantener viva la llama de que, desde la retaguardia roja, se luchaba por regenerar a España, donde todos los medios podían ser válidos –propaganda, difusión, radio...–.

El autor construye, describe y culmina un texto de objetivos difíciles, pero de comprensión exitosa y atractivo seguimiento. Retrata las principales ciudades donde se organizó la Quinta Columna y, a su vez, las inscribe en sus correspondientes zonas operativas. Quizás la mejor definición de una realidad tan compleja se ubica en el siguiente texto: «la Quinta Columna era versátil. Espiaba, saboteaba, evacuaba, asesinaba, delataba, corrompía, mentía e inventaba». Su principal objetivo, hacer derrotar a la República llegando incluso a la implosión, es decir, abundar en las diferencias entre las distintas fuerzas del ejército popular. Y eso lo logra a partir de mediados de 1938 de la mano de Julián Besteiro y del teniente coronel Casado. Más tarde, otros «salieron del tiesto» para hacer méritos con el enemigo como Moreno Galvache, el jefe de la Quinta Columna José María Taboada, el general Matallana o el propio comité regional de defensa de la CNT, que actuaron contra Negrín ante un supuesto golpe de Estado comunista. El levantamiento, momentáneamente fracasado, en la base naval de Cartagena era el principio del fin, que culminaría Casado y su golpe el 6 de marzo de 1939. Así las cosas, Píriz describe, como referente visible en esta fase final al Consejo Nacional de Defensa, bajo el mando de Casado, el general Miaja como jefe del ejército y un conglomerado de socialistas, anarcosindicalistas y republicanos moderados.

Madrid será el escenario de una resistencia comunista breve donde, una vez más, cobrará protagonismo la dimensión antifascista. Algunos cabecillas comunistas que se resistieron al golpe de Casado fueron represaliados. Tras la defensa de una paz honrosa que no fue posible, la llegada a Madrid del ejército franquista supuso el traspaso del poder de la Quinta Columna a los primeros. Precisamente, Carlos Píriz demuestra la importancia que el quintacolumnismo tuvo en este momento en la labor de información en las ciudades donde tuvieron implantación. Aquellos protagonistas, una vez acabada la guerra, tuvieron las consiguientes «compensaciones» y consideraciones de muy diversa factura. La mayoría de los integrantes del Consejo Nacional de Defensa pudieron

salir libremente de España –ese fue su premio o reconocimiento–. Besteiro no fue fusilado, pero sí preso, y murió en la cárcel. Matallana sufrió algunos años de cárcel, Rojo fue indultado y Casado, juzgado y absuelto. Un cúmulo de contrastes que deja, pleno de matices, el auténtico balance de esos servicios prestados a unos supuestos traidores a la causa republicana, que tampoco tuvieron el correspondiente arropo, por su valiosa ayuda, del bando enemigo. En suma, un trabajo esencial para una visión global de los entresijos de una guerra que, próxima a los ochenta y cinco años de su finalización, aún sigue dando cuantiosa información de sus claves.

José Marchena Domínguez
Universidad de Cádiz